

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2024, Víctor Panicello, por el texto
© 2024, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de cubierta: David de las Heras
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2024
ISBN: 978-84-8343-972-2
Depósito legal: B-266-2024

Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión
de este libro procede de bosques
gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
93 272 04 45).

Proyectos

—¡Cuidado!

Gracias al aviso, María vio venir la pelota un segundo antes de que le impactara en la cara, lo que le dio el tiempo justo para girarse y que solo le golpeará en el hombro.

—¡Óscar! —gritó Carmen al chico que, al parecer, había chutado con toda su alma, pero con muy mala puntería.

—No he sido yo —mintió el aludido, que se temía una buena bronca.

María reaccionó sin problema. Sus reflejos de juventud la habían salvado de un fuerte impacto. Parecía mentira que, con solo trece años, estos chicos tuvieran tanta fuerza.

—No pasa nada, ha sido un accidente —lo disculpó ella al verlo con cara de susto.

—Perdone —le dijo Óscar con cara de perro apaleado.

—Nada, nada; a jugar...

—¡Ni hablar! —intervino Carmen dejando claro que aquello se había terminado—. Me parece que por hoy ya está bien. Os he-

mos dicho muchas veces que no se puede jugar tan a lo bruto, así que me quedo con la pelota.

–¡Jo! ¡Menudo rollazo! –soltó el delantero antes de darse la vuelta y volver adonde seguía la acción.

El campo no era muy grande; en realidad, era una pista multiusos en la que los alumnos más deportistas se desfogaban corriendo detrás de un balón durante los veinte minutos que tenían de recreo. En aquel momento se disputaban dos partidos a la vez, con dos pelotas diferentes y dos porteros que trataban de no chocar entre ellos debajo de las maltrechas porterías.

La eliminación de uno de los balones no hizo mella en el entusiasmo colectivo, así que se reagruparon en un solo partido, aunque eso no eliminó la presencia de dos porteros por equipo.

–A este lo tienes en tu grupo, ¿verdad? –dijo Carmen señalando al chico al que acababa de confiscar la pelota–. Es un elemento de cuidado.

–Sí. Es un poco trasto, pero muy simpático.

–Ya, siempre lo parecen al principio.

–Es increíble que se aclaren –dijo María admirada de la coordinación que mostraba aquella multitud de chicos y chicas que corrían como locos sin apenas chocar entre ellos.

–Sí –respondió secamente Carmen.

María la miró de reojo, pero no dijo nada. Eran sus primeros días (no solo en el centro, sino en la enseñanza profesional) y no quería ganarse antipatías entre sus nuevos compañeros, aunque era consciente de que, después de su propuesta en el reciente claustro, a alguno ya no le caía bien.

–¡Aquí! ¡Aquí! ¡Que estoy solo!

–¡Chuta! ¡Chuta!

Los gritos eran ensordecedores en aquella zona donde se situaban los profesores que tenían guardia de patio.

–¡Venga, Laura! ¡Centra!

La chica con el pelo recogido corría como una liebre por la banda, superando todo tipo de obstáculos humanos que trataban de quitarle la pelota o, al menos, frenarla un poco y que ella esquivaba con una agilidad increíble.

–No deja de sorprenderme cómo ha cambiado todo –dijo María intentando entablar de nuevo una conversación–. Cuando yo iba al colegio, ni una sola de mis amigas se metía a jugar al fútbol. En cambio, ahora, por lo menos hay ocho chicas en plena acción.

–Eso es una moda.

–Sí, puede ser –respondió tratando de no parecer una sabe-lotodo–. Pero ahora hay muchas mujeres que juegan profesionalmente y...

–Quedan cinco minutos –la cortó su compañera poniéndose en pie–. Será mejor que empecemos a recogerlos porque, si no, es difícil que lleguen puntuales a clase.

María estuvo a punto de decirle que los dejara un par de minutos más, pero se contuvo y se dispuso a ponerse manos a la obra.

En aquel momento había dos cursos de primero y dos de segundo de la ESO ocupando todos los espacios disponibles. Además de los que estaban en la pista, era fácil localizar al resto de alumnos. Al fondo, bajo la sombra de dos enormes árboles que llevaban allí casi desde que se inauguró el instituto, estaban las otras chicas de segundo; la mayoría de ellas no participaban de los partidos y tecleaban constantemente en el móvil.

Mientras Carmen disolvía como podía al grupo de deportistas, María observaba ese rincón donde las alumnas (algunas iban a su clase de Lengua y Literatura) hablaban y practicaban bailes

que sin duda acabarían en las redes sociales, a pesar de que a su edad se suponía que no deberían tener acceso a ellas.

Sin embargo, era lo suficientemente joven como para saber que esas restricciones no suponían ningún problema insalvable para una generación que dominaba las tecnologías.

–Todo está en YouTube –le había dicho su sobrina de doce años una vez–. Lo que sea. Cualquier cosa que se te ocurra.

A veces se preguntaba si el reto de la educación no debería tener más en cuenta ese nuevo entorno.

Justo en el otro lado del patio, las «nuevas» se mantenían alejadas de las demás. La llegada a secundaria era un momento muy duro para los que dejaban la seguridad de su colegio y se enfrentaban al instituto. Durante el primer curso, muchos se limitaban a tratar de no meterse en líos y poco más.

También los chicos de primero se mantenían al margen, tanto de los más mayores como de las chicas de su propio año, con las que empezaban a no entenderse a pesar de que habían hecho juntos toda la etapa de primaria.

–¡Vamos! ¡Id recogiendo todo! ¡Nada de papeles en el suelo! –gritaba Carmen con ese tono monótono de quien lo ha repetido ya miles de veces.

Mientras tanto, María trataba de organizar la entrada en el centro para que no supusiera un caos. Después de haber soltado toda la adrenalina, los alumnos estaban agitados y tendían a arremolinarse y a hacer el tonto. Era un momento que no gustaba a casi ningún profesor, pero a ella le encantaba porque sentía toda esa energía juvenil que luego debía intentar dirigir hacia el aprendizaje.

Ese era su primer trabajo como profesora. Cuando la llamaron de ese instituto público de Móstoles, una ciudad de las

afueras de Madrid, se llevó una gran alegría, ya que no esperaba conseguir un trabajo tan pronto. Solo llevaba un mes en las listas y ya le habían ofrecido la sustitución de una profesora que estaba de baja por maternidad, lo que aseguraba trabajar varios meses.

Mientras esperaba a que todos fueran entrando y se aseguraba de que no quedara nadie fuera, comprobó que su compañera la había dejado sola. Cosas de veteranas, claro. Esperaba que no fuera por su propuesta en el claustro, donde, llevada por su entusiasmo, había planteado una idea que ya funcionaba en muchos colegios: trabajar por proyectos. A lo largo de la carrera, aquella manera de trabajar múltiples asignaturas teniendo como eje central un proyecto que lideraban en buena medida los propios alumnos la había convencido por completo.

Como profesora de Lengua y Literatura, sabía que podía impulsar esa experiencia piloto que involucraba a parte del profesorado, pero su propuesta recibió una acogida irregular entre el resto de sus compañeros, salvo quizá los más jóvenes.

Algunos la miraron con desconfianza, porque pensaban que trataba de ser la protagonista en un centro en el que ellos ya llevaban mucho tiempo guerreando. Notó las expresiones de suspicacia, pero trató de no hacerles caso.

–La directora te llama a su despacho –le dijo el conserje cuando la vio entrar.

–Tengo clase dentro de diez minutos –respondió ella mirando el enorme reloj que había en el vestíbulo.

–Creo que ella ya lo sabe –le respondió Onésimo, que llevaba también allí muchos años y a quien todos llamaban Nesi.

No supo interpretar si se lo decía con sarcasmo o con simpatía, pero decidió ignorarlo por el momento. Ya había sentido muchas miradas extrañas ese día.

En cuanto entró en el despacho de Gloria, la directora del centro desde hacía tres años, supo que había algún problema.

–¿Qué pretendes con esa idea? –le soltó sin más introducción.

–Yo... Bueno, solo creo que estaría bien probarlo.

–Ya, claro. Porque los que ya llevamos aquí años no sabemos cómo dar una clase. ¿Eso piensas?

–Yo no he dicho eso –se defendió.

–Pues algunos de tus compañeros lo creen así.

María prefirió no decir nada porque no quería enfrentarse a la directora.

–Vale, a ver cómo te lo explico... –le dijo su interlocutora soltando una especie de largo suspiro.

La invitó a sentarse en una silla azul que no pegaba para nada con el resto del mobiliario. Muchos institutos como aquel recibían escasos fondos para sus equipamientos, así que el interiorismo no era una prioridad.

Pasados unos segundos, pareció calmarse y le habló en otro tono.

–Pareces una buena profesora, entusiasta, como acostumbra a pasar con las que acabáis de salir de la universidad. Tenéis buenas ideas y habéis estudiado muchas teorías pedagógicas y esas cosas... Pero esto es otra guerra, ¿sabes? Aquí tenemos chicos que acaban de llegar al país y nos los colocan a medio curso, aunque no hablen una palabra de español. Tenemos familias con problemas que traen a sus hijos por obligación más que por convicción. Y también otras que creen que esto es una especie de comedor social.

–Lo sé. Me he informado –le respondió.

–Ya, seguro que lo has hecho. Pero la realidad no siempre sale en las noticias o en los estudios que se publican. Además,

muchos de tus compañeros llevan años luchando con muy poco apoyo para conseguir que algunos chicos salgan de aquí con oportunidades.

–No lo dudo, y no quería hacerme la importante –dijo para que quedara claro que estaba entendiendo el contexto.

Eso hizo que la directora decidiera cortar esa especie de reprimenda que algunos de los veteranos le habían pedido que aplicara a la novata. Sin embargo, en el fondo ella misma estaba encantada con que alguien llegara y agitara un poco el avispero, aunque a algunos no les gustara. Una vez cumplido su papel, decidió mostrarse más abierta.

–¿Tú estás segura de querer meterte en este lío?

Eso descolocó a María, porque creía que su idea ya estaba descartada. Se dio cuenta de que había sido un poco ingenua, ya que, cuando planteó la idea de un trabajo por proyectos con su grupo de segundo de la ESO, imaginó que los profesores ya lo hacían así, de manera que aceptarían sin problemas su propuesta.

–Sí, seguro. Os encantará, ya lo veréis.

La directora levantó una ceja, un gesto muy característico que la mayoría de los alumnos del centro percibían cuando se la cruzaban por el pasillo, aunque podía tener muy diversos significados.

–Mira, aquí tenemos unos cuantos profesores ya veteranos, algo cansados y alguno incluso bastante quemado... No te lo van a poner fácil.

Inmediatamente, le vino a la cabeza la manera en que Carmen había afrontado la situación en el recreo.

–Pero también tenemos algunos más jóvenes, o que no lo son tanto pero que siguen manteniendo un cierto grado de entusiasmo.

María esperó, porque no sabía si debía decir algo.

–He hablado con ellos y algunos están dispuestos a participar en esa prueba piloto del trabajo por proyectos que nos planteas, siempre que tú la lideres y no les dé mucho trabajo extra.

Esto último lo dijo con cierto énfasis porque sabía muy bien que los profesores, además de impartir su asignatura, tenían muchas tareas burocráticas que casi los ahogaban.

–¡Es el averno de los informes! –gritó una vez a pleno pulmón el compañero de Matemáticas de tercero en la sala de profesores.

–Vale –asintió María–. Te puedo asegurar que no implicará más trabajo... o muy poco. Solo es un cambio de sistema que...

–No me lo cuentes –la cortó Gloria con un gesto–. Hazlo. Y cuanto antes empieces, mejor. Ahora tienes clase, así que vete para allá o encontrarás a tus alumnos subidos por las paredes. A principios de curso siempre están así.

Mientras se dirigía a la puerta, todavía escuchó que la directora le decía algo más.

–Apóyate en los profesores más nuevos y deja en paz a los demás, así no tendrás muchos problemas. Pero no les pidas más informes, por favor.

–No lo haré. Gracias por confiar en mí, es muy importante.

La directora ya no le prestaba atención porque miraba fijamente la pantalla de su ordenador como si allí fuera a encontrar la manera de cuadrar todo lo que siempre pendía de un hilo en el instituto: horarios, espacios, grupos, bajas, alumnos nuevos a medio curso, familias con problemas...

Estaba tan contenta de que le permitieran ponerse al frente de esa prueba que ella misma había propuesto que salió del despacho sin mirar al pasillo, con lo que chocó de lleno con Carlos, el

profesor de Geografía e Historia, que iba rápido porque también llegaba justo a su clase. Como siempre, iba cargado con libros y material de todo tipo para lograr que sus alumnos no se aburrieran con una materia que, de por sí, les interesaba muy poco.

El estruendo fue considerable, ya que por el pasillo volaron clips, reglas, mapas y un par de libros, lo que desató la risa nerviosa de un par de alumnas que salían de los lavabos situados en aquella planta.

–Perdona, perdona –dijo María, que había salido rebotada del choque–. Ha sido culpa mía.

–Claro que ha sido culpa tuya. Llegas al centro y vas avasallando a todo el mundo –le respondió el profesor mientras trataba de ir recogiendo rápidamente sus cosas.

María se quedó parada sin saber qué decir. Por una parte, no quería mostrarse borde con sus nuevos compañeros, pero tampoco iba a dejar que la tomaran por tonta. Sentía que la rabia se abría paso en su interior y algo debió de reflejarse en sus ojos marrones, porque el otro profesor cambió la expresión.

–¡Era broma! ¡Era broma! No te enfades conmigo.

Enseguida se dio cuenta de que era así porque él sonreía abiertamente, lo que la calmó casi al instante. Y más cuando se levantó y le tendió la mano mientras con la otra trataba de sujetar lo que había recogido del suelo.

–Soy Carlos, doy Geografía, algo de Historia y mucho de rutina docente.

–Yo soy María y...

–Lo sé, Literatura. Ánimo. Si lo mío les resulta aburrido, ni me imagino con el *Quijote* y cosas así.

Ella lo miró desconcertada. No sabía si volvía a bromear o lo decía en serio.

–No te preocupes, te acostumbrarás.

Iba a contestar algo, pero él ya se iba casi a la carrera hacia las escaleras. De repente, se detuvo y le sonrió de nuevo.

–Por cierto, tu propuesta de trabajar por proyectos es estupenda; puedes contar conmigo. Además, tenemos un grupo de alumnos en común, así que solo tienes que pedirme lo que creas que es mejor para que esto funcione.

–Vale, gracias –se limitó a decir con una timidez que la sorprendió incluso a ella.

–Nos vemos –le respondió mientras parecía esperar que ella dijera algo más.

Pero María seguía callada, así que Carlos le dijo que tenía que irse y salió disparado.

María se lo quedó mirando unos segundos hasta que un pequeño grupo de chicas de cuarto pasó a su lado y se puso a reír a carcajadas al verla allí pasmada.

–Hola –se limitó a decir ella justo antes de darse cuenta de que el reloj de pared que presidía las vidas de los cientos de alumnos de aquel centro le indicaba que llegaba tarde a su clase.

Inició un breve trote que fue cortado por la mirada de reprobación del conserje, cuya misión principal en el instituto era que nadie corriera por los pasillos, tuviera la edad que tuviera.

Bajó los cuarenta escalones que la llevaban a la planta baja, donde los grupos de primero y segundo se mantenían separados de los del segundo ciclo de la ESO. Ya en el pasillo de la izquierda, enfiló hasta el aula del fondo, muy cerca de la puerta del salón de actos.

Desde allí se oía el escándalo que formaban sus alumnos, quienes, al no tener profesora, charlaban alegremente de sus cosas o circulaban entre las mesas molestando a sus compañe-

ros. En el aula de al lado el silencio era evidente, de manera que María decidió asomarse por el cristal que había en las puertas de las aulas y que permitía controlar lo que sucedía en su interior.

Allí estaba Carlos, con la pizarra electrónica encendida y un enorme mapa de Europa iluminando tenuemente las primeras filas. Él estaba concentrado en sus explicaciones y no la vio. Aun así, se retiró enseguida, ya que no quería que pareciera que fisgoneaba.

Hasta ese momento no habían hablado directamente, a pesar de que se habían encontrado en las reuniones que se hacen antes de empezar el curso. Sí que habían cruzado sus miradas en más de una ocasión, pero en el maremágnum que siempre se organizaba no habían podido ni saludarse. Lo que sí recordaba fue que, cuando ella presentó su propuesta del trabajo por proyectos, fue uno de los pocos que votaron a favor de hacer esa prueba piloto.

Al final, se había aprobado por solo dos votos de diferencia y con muchos otros en blanco, así que le tocaba centrarse y hacer bien las cosas porque era una gran oportunidad para una recién llegada.

Respiró profundamente, puso una sonrisa en su cara y entró, no sin antes sentir de nuevo la emoción de enfrentarse a un aula llena.

Le encantaba aquel trabajo.

El viaje del infierno

—**M**uy bien. Un poco de silencio, por favor —dijo María, que, además de su asignatura, tenía la tutoría de ese grupo—. Tengo que explicaros un nuevo sistema de trabajo que vamos a probar este primer trimestre.

Mientras los veintiséis alumnos del grupo B de segundo de la ESO iban sentándose y ella esperaba con mucha calma a que el silencio acabara por imponerse, recordaba lo que explicó en el claustro para tratar de convencer a sus compañeros de que la apoyaran para llevar a cabo esa prueba.

—Será una experiencia muy buena para los alumnos y para nosotros como profesores —les iba diciendo mientras veía cómo algunos la miraban con cierta hostilidad y otros simplemente la ignoraban.

Solo un par de sonrisas le daban ánimos para continuar.

Entonces pensó que no debería haberse complicado con aquello y que tendría que haberse limitado a seguir la dinámica del propio centro, ya que solo le habían ofrecido una sustitución.

Pero ella era así. Su madre siempre le decía que no tenía frenos y que se lanzaba a por las cosas sin pensárselo ni un segundo, con lo que a menudo se estrellaba.

También ese día, mientras iba hablando delante de sus compañeros, sentía como un muro se acercaba a gran velocidad.

–Los alumnos trabajarán un tema en concreto y, a partir de él, iremos sacando información que nos permita incluir otras materias, siempre con la excusa del proyecto.

–A eso llegamos –se limitó a decir uno de los profesores, que hasta el momento había estado mirando su móvil.

–Ya, claro –respondió tratando de no desanimarse demasiado–. Será muy interesante ver cómo lo afrontan y cómo encuentran la manera de participar. Creo que... Bueno, no, estoy convencida de que nos sorprenderán.

–Seguro que lo hacen –le dijo sarcásticamente Rubén, el profesor de Educación Física que, por norma, parecía estar en contra de todo lo que se proponía.

–Ya sabréis cuál es el tema que proponga este trimestre. Puede parecer simple, pero el trabajo que hagan los obligará a buscar información sobre geografía, claro, y también sobre otros temas como la economía, las estructuras sociales y otros muchos. Tendrán que saber redactar y también aprender a mejorar su expresión oral.

–¡Ufff! Esperas mucho, me parece –intervino Carmen, que era una de esas profesoras que la directora había bautizado como «quemada».

Sin hacer caso al comentario, continuó explicándose.

–Además, deberán practicar otras competencias importantes como el trabajo en grupo y tendrán que encontrar sus propias estrategias para asumir un papel dentro de él y colaborar para

que las tareas encomendadas avancen. En fin, estoy segurísima de que sabrán hacerlo muy bien si vosotros también creéis en ello. Sin embargo, lo más importante es que ellos se comprometan; eso es básico.

No había encontrado mucho apoyo, pero sí el suficiente para poder enfrentar la tarea, aunque solo fuera con algunos profesores. Eso era mejor que nada y, además, la directora le había dado el visto bueno.

Ahora se encontraba frente a los que debían ser los protagonistas de aquella experiencia. Mientras seguía esperando que el nivel de ruido disminuyera para poder hablar sin forzar la voz, se preguntaba si ese grupo estaría dispuesto a asumir ese compromiso.

Era el momento de averiguarlo.

–De acuerdo. Por fin os habéis calmado un poco y podremos seguir adelante. Hoy la clase va a ser algo diferente, así que os pido un esfuerzo para mantener el orden cuando hablemos y para participar, ya que eso será en lo que más voy a insistir. Vamos a hacer un proyecto que será muy muy chulo, aunque tendremos que trabajar bastante y...

Se desató una oleada de protestas que ella trató de cortar con rapidez.

–¡Esperad! ¡Esperad! Todavía no os he explicado cómo será. Os encantará, ya lo veréis.

Hizo una pausa para crear suficiente expectativa y vio que funcionaba, porque las últimas conversaciones y rumores se desvanecieron. A pesar de que solo tenían trece años, empezaban a necesitar que dejaran de tratarlos como niños.

–Hablaremos de viajes –les dijo finalmente–. Pero no de los grandes viajes de la humanidad. Podréis escoger aquellos que queráis a lo largo de la historia, como los de Marco Polo o los de

Cristóbal Colón, u otros que se os ocurran. Así que durante las próximas semanas hablaremos de viajes.

–¡Menudo rollo! –soltó alguien a quien María no pudo identificar.

Eso generó nuevas protestas, algo que cualquier profesora experimentada sabía que convenía detener de inmediato antes de que se convirtieran en un alboroto.

–Un momento, un momento –dijo levantando las manos e intentando calmar aquella oleada de entusiasmo desatado–. No protestéis sin saber lo que es. Además, debéis recordar que, para hablar, hay que levantar primero la mano. Venga, que será muy divertido. ¿Quién quiere empezar?

Un montón de manos aparecieron por encima de los rostros del resto de compañeros.

–¿Carla? –dijo señalando a una niña rubia de la tercera fila.

–Este verano hemos ido al pueblo de mi padre en Asturias y hemos visto vacas. También hemos subido a una montaña muy larga que no...

–Querrás decir muy alta, no muy larga –la corrigió María con una sonrisa.

Sabía que a esa edad a menudo les costaba encontrar las palabras correctas cuando tenían que hablar frente a sus compañeros. Precisamente, uno de los objetivos del proyecto era que mejoraran esa competencia transversal: la expresión oral en público.

–¡Eso no es un gran viaje! –intervino Álvaro sin esperar a que le dieran la palabra.

–¡Claro que lo es! –respondió ofendida la aludida.

Enseguida se montó un alboroto alrededor de lo que significaba o no un gran viaje, de manera que María tuvo que hacerlos callar para aclarar la cuestión.